CUANDO DIOS ME QUITÓ LA PIERNA

Una historia real de pérdida, fe y encuentro.

ERIK E. SOSA H.

Cuando Dios Me Quitó la Pierna
© 2025 Erik E. Sosa H. — @TechProffessor

Este libro está licenciado bajo una:
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Puedes compartir y distribuir libremente este material siempre que me des el crédito correspondiente (Erik E. Sosa H. / Instructor Erik Sosa / @TechProffessor), no lo uses con fines comerciales y no realices obras derivadas sin permiso.

Contacto: **instructoreriksosa@gmail.com**
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Dedicado a...

A quienes han conocido el dolor, la pérdida y la oscuridad, y aun así han tenido el valor de seguir respirando.

A mi esposa e hijos, porque en sus ojos encontré fuerzas cuando no las hallaba en mí.

A mi familia, que con amor silencioso sostuvo mi cuerpo y mi alma.

A quienes me cuidaron, oraron, lloraron, y creyeron por mí cuando yo mismo había dejado de hacerlo.

A quienes han sido visitados por el sufrimiento y tentados por la desesperanza, para que sepan que no están solos, y que la fe, incluso rota, sigue teniendo poder.

Y sobre todo, dedicado a Dios y a Mamá María, que, aunque no evitaron la tormenta, siempre estuvieron en la barca conmigo.

Este testimonio es para recordarnos que,
aunque el camino duela,
aunque la noche sea larga,
el amor sana, la fe renace
y la vida —incluso con cicatrices—
sigue siendo profundamente valiosa.

Acerca del Autor

Erik Sosa nació el 2 de abril de 1986 en Guatemala. Casado y padre de seis hijos —tres damitas y tres caballeros—, ha dedicado su vida a su familia, su fe y la formación de otros. Es instructor de informática con experiencia en Computación & Ofimática Digital, así como en la gestión de aulas virtuales, el uso de TIC's (Tecnologías de la Información y la Comunicación) y TAC's (Tecnologías del Aprendizaje y la Comunicación).

De fe católica, Erik ha encontrado en su servicio pastoral un espacio para compartir sus dones como comunicador digital al servicio de la evangelización y la comunidad parroquial. La experiencia de perder una pierna transformó su vida por completo, llevándolo por un proceso profundo de dolor, aceptación, crecimiento espiritual y renovación personal.

Este libro nace como fruto de ese proceso, y como testimonio de que, en medio de las pruebas más duras, la fe en Cristo puede sostener, levantar y dar nuevo propósito a nuestra existencia.

"*Dios no me quitó algo para castigarme, sino para revelarme lo esencial: que Su gracia me basta.*"

Prologo

Hay decisiones que uno nunca pensó tener que tomar. Hay noticias que te parten la vida en dos. Y hay silencios tan profundos, que solo Dios puede habitarlos.

Cuando me dijeron que perdería mi pierna, sentí que el mundo se detenía. Me pregunté si podría volver a caminar, a trabajar, a jugar con mis hijos, a servir en mi parroquia… a vivir. La respuesta no llegó de inmediato. Llegó en medio del dolor, del silencio, del llanto, de la incertidumbre, el caos y del miedo. Pero también llegó con una certeza que creció dentro de mí como una semilla bajo tierra: Dios no me estaba castigando… me estaba llamando.

Este libro no es una historia de lástima. No es una crónica de dolor ni una lista de quejas. Es el testimonio vivo de lo que Dios puede hacer cuando uno lo deja entrar en lo más profundo del alma. Es la historia de cómo, perdiendo una parte de mí, pude reencontrarme con mi propósito, con mi fe, con mi familia y conmigo mismo.

Aquí comparto mi camino antes, durante y después de la amputación. Un camino lleno de tropiezos, sí, pero también de milagros cotidianos. De médicos y enfermeras que fueron ángeles. De oraciones que me sostuvieron cuando yo ya no podía hacerlo por mí mismo. De una comunidad que no me soltó la

mano. Y, sobre todo, de un Dios que, aún cuando yo no entendía, ya estaba obrando.

No escribo estas páginas para que me admiren. Las escribo para que sepas que no estás solo. Que si has perdido algo —una parte de tu cuerpo, de tu historia, de tu alma—, aún puedes levantarte. Aún puedes creer. Aún puedes vivir.

Porque cuando "Dios te quita algo" … es porque está por darte algo mucho más grande.

Bienvenido a esta historia que no es solo mía: es también un poco tuya, y mucho de Él.

Erik Sosa

Índice

Dedicado a… 3

Acerca del Autor 4

Prologo 5

Capítulo I: El golpe que no vi venir 8

Capítulo II: Cuando todo comenzó. 12

Capítulo III: Un rayo de esperanza… y otra batalla. 17

Capítulo IV: Un rayo de esperanza… y otra batalla. 23

Capítulo V: Todo se empieza a oscurecer. 27

Capitulo VI: Cuando la tormenta no da tregua. 31

Capítulo VII: Cuando el alma entra en guerra. 36

Capítulo VIII: Cuando amanece… pero nada está mejor 41

Capítulo IX: El día que todo se detuvo. 46

Capítulo X: “Pídeme lo que quieras y dame lo que necesito”. 51

Capítulo XI: La hora del adiós. 56

Capítulo Final: Todo pasa para algo. 64

Agradecimientos. 68

Cuando Dios me quito la pierna.

Capítulo I: El golpe que no vi venir

¿Alguna vez han sentido que la vida les quito algo tan importante que no podrían volver a levantarse?

Yo sí. Y no solo lo sentí... lo viví.

No fue de un solo golpe, ni con una advertencia clara. Fue como una cuenta regresiva silenciosa, que cada día me acercaba a una realidad que no quería aceptar. Una pierna enferma, un cuerpo cansado, una esperanza que poco a poco se iba apagando.

Antes de llegar a la noticia definitiva, me habían realizado un procedimiento médico llamado desbridamiento, que consiste en retirar tejido dañado con la intención de permitir que la zona afectada se recupere adecuadamente. Tanto el médico como yo esperábamos con fe una evolución favorable. Teníamos esperanza.

Era mi tercer día internado. Recuerdo perfectamente esa habitación de clínica pequeña, muy reducida. Apenas cabía la camilla donde yo permanecía acostado, y a un lado, una silla que por las noches se convertía en cama improvisada para que mi madre pudiera descansar junto a mí. Aquel

espacio modesto se había convertido en el centro de mi batalla.

La escena está grabada con fuego en mi memoria: el médico ingresó como de costumbre para hacer la revisión diaria. Yo estaba nervioso, pero aún me aferraba a la idea de una mejora. Sin embargo, todo cambió con una sola mirada.

La primera señal fue el rostro del médico al retirar el vendaje.

Ese gesto de preocupación, de gravedad contenida… fue suficiente para que mi alma comenzara a temblar.

La segunda señal, fue al mirar mi propio pie. No hacía falta ser experto. Aquello no estaba bien. Mi cuerpo lo sabía. Mi corazón lo supo de inmediato.

Y entonces, sin pensar demasiado, dije lo primero que me salió del alma:

“Doctor, usted dispare con todo.”

Quería decirle que hiciera lo necesario. Que no se contuviera. Que luchara conmigo. Pero también sabía, en lo más profundo, que ya no se trataba de curar… sino de salvar lo que quedaba.

Fue entonces cuando escuché la frase.

“Erik… lo más probable es que haya que amputar.”

Y ahí… se desató el caos.

No afuera. Adentro. En mi mente. En mi alma.

Sentí cómo mi vida se derrumbaba por completo, mientras veía caer los pedazos lentamente frente a mí.

Cada palabra del médico era un ladrillo que se desprendía del edificio que había construido durante años: mi rol como padre, mi trabajo, mis sueños, mi cuerpo, mi fe... todo parecía desmoronarse.

Me quedé en silencio. Un silencio espeso, frío.

Un silencio lleno de miedo, de preguntas sin respuesta, de una angustia que apretaba el pecho como un puño invisible.

¿Cómo le iba a decir a mi esposa? ¿Cómo les iba a explicar a mis hijos que su papá ya no sería el mismo? ¿Cómo iba a seguir sosteniendo a mi familia sin poder sostenerme a mí mismo?

Esa noche no dormí entre las ideas que bombardeaban mi cabeza, el dolor físico que era muy fuerte y el miedo. Me quedé viendo al techo, como si esperara que Dios bajara y me diera una respuesta, una alternativa, una salida. De hecho, tuvieron que medicarme para que pudiera dormir esa noche

Pero lo único que bajó fue el silencio... y un susurro leve dentro de mí que decía:

“Confía.”

¿Pero cómo se confía cuando todo parece ir en dirección contraria?

¿Dónde está Dios cuando tu cuerpo se convierte en una herida abierta, y tu alma en un campo de batalla?

El duelo comenzó incluso antes de la cirugía. Empecé a despedirme de algo que aún no se había ido, pero que ya se había perdido. Me sentí frágil, expuesto, humano… profundamente humano.

Y sin embargo, algo comenzó a nacer esa noche. No una resignación… sino una semilla de fe.

Pequeña, imperceptible. Pero viva.

Porque entendí —aunque no lo aceptaba del todo— que tal vez, solo tal vez, Dios no estaba quitándome la pierna para destruirme, sino para enseñarme a caminar de una forma nueva.

Y mientras escribo, recuerdo y vuelvo a leer estas líneas… no puedo evitar que las lágrimas rueden por mi rostro.
No de dolor solamente, sino de gratitud.
Porque aún en medio del quebranto, Dios no me soltó.
Y eso… eso cambió todo.

Capítulo II: Cuando todo comenzó.

Noviembre de 2023.

Una noche cualquiera. Una más entre tantas.

Estaba cansado, como suele pasar después de un día largo. Me senté, estiré las piernas, y noté algo extraño en mi pie izquierdo: una sensación de hormigueo, como si estuviera dormido.

No era la primera vez. Pensé que sería por mala circulación o simplemente por agotamiento. Me dije: “Ya se me va a pasar.”

Pero no se pasó.

Esa noche, como en muchas otras de mi vida, estaba acompañado por mi esposa. Le comenté que sentía el pie raro, frío. Sin pensarlo, hizo lo que tantas veces hacen quienes aman de verdad: se quedó toda la noche abrazando mi pie con sus manos, tratando de darle calor, como una mamá gallina abriga a su pollito bajo el ala. Fue un gesto tan simple, pero tan lleno de amor, de cuidado, de ternura.

Yo intentaba dormir, pero en el fondo, ya empezaba a sentir miedo.

Al tercer día de sentirlo dormido, frío y ya con dolor, decidimos ir a buscar ayuda.

Ingresé a la emergencia del hospital en silla de ruedas, ayudado por mi esposa. Me atendieron inicialmente con un diagnóstico preliminar de posible pie diabético. Me colocaron en una sala de espera y me dejaron ahí. Me dijeron que esperara turno. Pasaron las horas… y nadie me evaluaba.

Mi pie dolía. Algo dentro de mí me decía que no era lo que ellos creían. No tenía heridas, no tenía úlceras, no era un pie diabético. Pero me sentía invisible en ese lugar lleno de ruido, pacientes y cansancio acumulado.

Y fue entonces, en medio de esa desesperación, que sucedió algo providencial.

Estaba sentado en la silla de ruedas, cabizbajo, sintiendo que todo se desbordaba dentro de mí, cuando una doctora pasó frente a mí por pura coincidencia. No la conocía. No sabía quién era.

Pero algo en mí me empujó a hablarle.

Le expliqué mi situación con la poca claridad que me permitía el dolor:

—Me tienen esperando como si fuera pie diabético… pero no tengo heridas. No tiene sentido.

Ella, sorprendida por el estado de mi pie, decidió examinarme de inmediato. Luego, sin perder tiempo, llamó a otro médico y entre ambos ordenaron mi ingreso inmediato para realizarme

estudios, un ultrasonido “Doppler” y una resonancia “TAC”, es como lo recuerdo.

El primer diagnóstico fue trombosis.

Me internaron en la emergencia del hospital, con ese criterio y comenzaron el tratamiento. Inyecciones, monitoreos, medicamentos… pero el tiempo pasaba y yo no mejoraba.

Al ser emergencia los casos que llegaban eran de todo tipo, enfermedad común, accidentandos, entre otros. Recuerdo que justo en esos días el hospital estaba colapsado porque era el único disponible en la ciudad capital.

Estábamos “aperchados”, si en camillas individuales, pero una justo pegado al otro, por la cantidad de pacientes que estaban ingresando.

Tres días después, mi situación seguía igual o incluso peor.

Fue entonces cuando otro médico —al parecer con más experiencia, se podía observar por su edad— se acercó al grupo de residentes y, con firmeza, preguntó:

—¿Trombosis? ¿Dónde está su electrocardiograma?

Los residentes se miraron entre sí, incómodos.

No existía.

Nadie lo había solicitado. Nadie lo había hecho.

El médico, evidentemente molesto, les reclamó:

—¿Cómo están tratando una trombosis sin siquiera tener ese estudio?

Unas horas más tarde lo realizaron. Y entonces, el diagnóstico cambió.

Ya no era trombosis.

Ahora hablaban de una obstrucción arterial severa. No sabíamos lo que eso implicaba completamente, pero ya sonaba más grave.

Ordenaron con urgencia un procedimiento vascular para intentar recuperar la circulación, pero aquel tratamiento tenía un costo elevado: más de Q12,000. Dinero con el que no contábamos.

Mi esposa y yo nos miramos. Nos sentimos perdidos. Desbordados. ¿Cómo enfrentábamos una situación así sin recursos, sin respuestas, sin tiempo?

Ese fue, sin duda para mí, el verdadero inicio del final de la relación entre mi pierna izquierda y yo, ese tiempo perdido, esos diagnósticos a medias, esos estudios sin realizar, en definitiva, marcaron la carrera final hacia la amputación.

Un camino que yo no había elegido, una carrera que no sabía aun, si estaba dispuesto a correr, pero que, por "asares del destino", ya se abría frente a mí… lleno de incertidumbre, colmado de pensamientos

y preguntas sin respuestas, decisiones duras, pruebas profundas, y lecciones que aún no imaginaba…

Y mientras escribo, las lágrimas brotan una vez más. No porque ignore lo que pasó, sino porque aún duele recordar cómo empezó todo tan silenciosamente… como una molestia cualquiera… y terminó por cambiar mi vida para siempre.

Capítulo III: Un rayo de esperanza… y otra batalla.

El diagnóstico había cambiado. Ya no hablaban de trombosis, ni de pie diabético. El problema era una obstrucción arterial severa, y la única esperanza era un procedimiento llamado angioplastia.

El detalle era uno: no la realizaban en el hospital. Debía hacerse en una clínica privada, y el costo inicial era de más de Q12,000.

Esa cifra nos aplastó. No teníamos ese dinero. No sabíamos por dónde empezar. Pero no nos rendimos.

Mi esposa, siempre firme a mi lado, preguntando y buscando ayuda, le indicaron que asistiera al área de trabajo social del hospital. Allí, tras una entrevista y un estudio socioeconómico, nos dieron un rayo de luz: el procedimiento podía realizarse por la cantidad de Q3,500.00.

Seguía siendo una cantidad alta para nosotros… pero al menos ya no parecía imposible. Teníamos dos días para conseguir ese dinero.

Y entonces ocurrió lo que muchas veces uno no espera: Dios empezó a mover corazones. Corazones que respondían a nuestras plegarias, unido al esfuerzo de mis padres y esposa que tocaban puertas de misericordia y solidaridad…

incluso personas que apenas sabíamos que estaban ahí, aportaron con amor, con fe y con urgencia.

Cada moneda, cada oración, cada mensaje fue parte de ese milagro silencioso.

Y lo logramos.

Llegó el viernes. Ese día, una ambulancia me trasladó desde el hospital hacia una clínica en la zona 10 de la ciudad. Iba asustado, confundido, con mil preguntas. Pero también iba con la esperanza de que ese procedimiento fuera el inicio de una recuperación.

En la clínica me explicaron lo que harían: una angioplastia, que consiste en introducir un pequeño catéter —como una varilla médica— en la arteria obstruida para dilatarla desde dentro.

Es importante hacerles saber que, siempre eh sido una persona que le tiene miedo a las agujas, en realidad mas que miedo es pánico, pánico que, en algún momento de mi vida, me hizo pensar que, si algún día mi vida dependiera de tener conectados aparatos o medicamentos, por medio de agujas, preferiría partir “al otro mundo” antes de permitirlo. No sabia que la vida tenia otros planes para mí.

Ya con el contexto, procederé a contar que fue una de las primeras experiencias terroríficas que eh vivido, primero, traten de imaginar lo que a

continuación voy a relatar, un enfermero llega por mí a la sala de espera, me acompaña hacia un cuarto en el cual había una "maquina" similar a la de los ultrasonidos, pero con una camilla diferente.

El frio dentro de ese cuarto era intenso, me piden que me acueste boca arriba sobre la camilla y que me quite la bata y cualquier prenda que llevase puesta, yo muy obediente lo hago, quedo viendo hacia el techo, instantáneamente observo una línea de sangre en el mismo, si, de sangre, tal cual película de terror, al menos así lo vio mi mente, por unos instantes el tiempo se paralizo y miles de imágenes acerca del porque esa sangre estaba en ese lugar llegaron a mi mente, pero me tranquilizo pensar que a mí no me harían alguna cirugía, entonces no me pasaría nada mal.

Después de algunos minutos, ingresaron a la sala un doctor y una asistente, empezaron con los preparativos de los que se utilizaría para realizar el procedimiento, yo como buen paciente, esperaba con la mirada hacia arriba, escuchando lo que entre ellos hablaban, claro, sin entender porque hablaban "idioma medico", y entonces, digamos que por curioso, baje la mirada y pude ver una jeringa que sin exagerar era la más grande aguja que había visto en mi vida, y si, casi colapse solo de pensar, que, esa utilizarían en mí.

Trate de calmarme pensando únicamente cosas positivas, en ese instante ingreso el cirujano que realizaría el procedimiento y mientras me iba explicando lo que harían, sostenía en su mano la jeringa que segundos antes había paralizado mi ser.

Recuerdo que el procedimiento lo realizaron a la altura de la ingle. Insertaron la jeringa, luego un dispositivo y, aunque los detalles técnicos se me escapan, sí recuerdo que inflaron ese dispositivo y luego inyectaron algún tipo de líquido que parecía fuego, ya que quemaba por dentro. El primer intento fue fallido, recuerdo que mencionaron que solo intentarían 3 ocasiones y si no había éxito, tendrían que reevaluarme en el hospital para realizar otro procedimiento.

Realizaron el segundo intento, nuevamente inflaron el dispositivo, inyectaron el liquido y en esta ocasión, tampoco hubo éxito, recuerdo querer llorar de la desesperación ya que yo veía y escuchaba todo lo que esta sucediendo.

En la tercera ocasión, sentí un hormigueo recorrer mi pie. Fue como una corriente eléctrica recorriendo mi pierna… y para mí, también fue como una señal.

Minutos después tomaron mi temperatura y, aunque aún débil, mi pie comenzaba a calentarse.

Eso era una buena señal. Por fin, algo parecía estar funcionando.

Después del procedimiento, me regresaron junto a mi esposa, en ambulancia hacia al hospital. En donde quedé bajo observación toda esa noche.

A la mañana siguiente—sábado— en el recorrido que los médicos hacen de revisión, indicaron que todo había salido bien y me dieron de alta con prescripción de anticoagulantes. Llegaron por mí, mis papás junto a mi esposa, recuerdo que camino a casa, pasamos comprando algunos medicamentos.

Y así, un nuevo capítulo se sumaba a mi historia.

Luchar desde casa

El alta no significaba el final. Significaba el inicio de una lucha nueva: conseguir recursos para los medicamentos. Los anticoagulantes no eran baratos.

Y ahora debía empezar un tratamiento diario, sin interrupciones. Ya no estaba en el hospital, pero tampoco estaba recuperado.

Ese mismo día en casa —aún con la esperanza fresca en el corazón— comenzaron nuevos síntomas.

Fiebre alta. Dolor intenso en la pierna izquierda. El procedimiento había tenido efectos secundarios.

Mi cuerpo empezaba a reaccionar… y no necesariamente como esperábamos. Me sentía confundido. ¿No era esto lo que me iba a curar? ¿Por qué dolía más ahora?

Y entonces entendí algo: los procesos de sanación también duelen. A veces, para que algo mejore, primero tiene que pasar por el fuego (Recordé las palabras que en algún momento me dijo mi padre "Para que algo se forme debe de pasar por el fuego").

Escribir estas líneas me hace revivir ese pequeño momento de esperanza… y el golpe de realidad que vino después.
Lágrimas ruedan por mi rostro porque sé que, aunque ese día parecía que todo iba a mejorar… todavía quedaba mucho por enfrentar.

Capítulo IV: Un rayo de esperanza… y otra batalla.

Diciembre llegó con un aire diferente.

Mientras muchos decoraban sus casas, compartían cenas y abrazaban la alegría de fin de año, yo guardaba reposo. No fue por elección. Era una necesidad y sobre todo una indicación médica.

Estaba débil, adolorido, y aunque intentaba mostrarme fuerte, sabía que algo no andaba bien. Seguía el tratamiento tal como me lo habían indicado. No salía casi de casa.

Recuerdo que solo una vez salí en todo el mes: fue para asistir a un convivio familiar.

Me trasladaron en una silla de ruedas… demasiado pequeña para mí. Con mis casi 200 libras de peso y mi 1.78 metros de estatura, entrar ahí fue casi una broma divina.

Hubo risas, incomodidad, y un momento cómico dentro de una etapa que, en el fondo, ya empezaba a doler.

Pasaron los días. Y diciembre llegaba a su fin…

Pero el malestar no se fue. En realidad, empeoró.

Las primeras alarmas

Fue en los últimos días de diciembre cuando empecé a ver cosas extrañas en mi pie. Primero unas manchas rojas, que día a día se hacían más…

Cada día aparecían nuevas. Pero no solo crecían en número, sino también en tamaño.

Hasta que una mañana, al prepararme para bañarme, mi esposa y yo lo vimos claro: El pie estaba inflamado, muy rojo, parecía quemado con agua caliente. No esperamos más.

Tomamos la decisión de regresar a emergencia, al mismo hospital donde me habían tratado semanas antes.

Era época de vacaciones, así que, por gracia de Dios, no había tanta gente. Nos atendieron rápido. Pero el sistema seguía siendo el mismo.

Hospital nacional. Residentes en formación. Diagnósticos cambiantes. Caras nuevas.

Un médico nos atendió. Le mostramos el pie, los síntomas. Su respuesta fue tan breve como desconcertante:

—"Eso es normal por el medicamento. Deben tener cuidado. No debe golpearse. No debe cortarse. Cualquier cosa puede agravarse."

Nos mandó de vuelta a casa. La indicación fue clara: "Termine el tratamiento."

Aún faltaban muchas semanas. Y así lo hicimos.

Volver a trabajar

Inició el año (2024).

Yo intentaba —con dificultad— volver a trabajar.

Mi labor como instructor en una academia administrada por las Hijas de San José me motivaba. Pero el cuerpo no cooperaba. Movilizarme era cada vez más doloroso.

Las hermanas, con toda su bondad, me prestaron unas muletas. Aun así, cada día se volvía un sacrificio. También recuerdo haber utilizado un andador que unos vecinos de mis suegros me prestaron.

Algunas veces, el pie se inflamaba tanto que apenas podía sostenerme en pie.

Y entonces ocurrió… un día en que el dolor fue insoportable. Me encontraba en la academia cuando el pie se inflamó demasiado.

Le avisé a las hermanas. Una de ellas se acercó y, al verme, decidió actuar. Me recostaron en una pequeña bodega.

Elevamos el pie. Aplicaron lienzos húmedos, intentaron calmarme. No recuerdo bien qué más hicieron… pero sí recuerdo sus rostros.

Había preocupación. Verdadera preocupación.

Una persona ahí lo dijo con claridad:

—"Esto no es normal. Debes buscar una segunda opinión médica."

Fue un momento difícil. El cuerpo gritaba. Mientras yo, lloraba por dentro.

La incertidumbre volvía.

Mientras tanto, mi esposa y mi hija mayor —con amor y entrega— comenzaban a cubrir mis labores académicas cuando yo no podía asistir.

Yo me sentía quebrado. Agradecido. Triste. Lleno de fe. Todo al mismo tiempo.

Y hoy, mientras escribo estas palabras, siento cómo
los recuerdos vuelven,
no solo a la mente, sino al corazón.
Revivirlo duele. Pero también me recuerda
cuántas personas fueron luz
cuando el camino parecía apagarse.
Lágrimas caen mientras estas líneas toman forma,
no por debilidad... sino porque aún
hoy me cuesta creer lo que viví.

Denme un momento, iré a respirar
un poco de aire fresco...

Capítulo V: Todo se empieza a oscurecer.

Conforme más escribo, más lo siento. Las palabras
ya no salen solo de la memoria…
Salen del corazón herido.
Mientras escribo estas líneas, una mezcla de
emociones se hace presente. Tristeza, dolor,
angustia, frustración, miedo.
Todo se agrupa dentro de mí.
Hay momentos en que he querido detenerme…
cerrar el documento, dejar esto para otro día.
¡Pero no lo haré!
Este testimonio no es solo mío.
Es también de ustedes, que lo leen.
Y por encima de todo, es de Él.
De ese Dios que no me ha soltado,
aunque a veces sentí que sí.

Costras que parecían señal de sanación

Dentro de todos los síntomas que ya cargaba encima, un nuevo "signo" se presentó en mi pie.

Costras.

Al verlas por primera vez, pensé que era buena señal.

Después de todo, cuando hay costras es porque la piel está sanando, ¿cierto?

Me aferré a esa idea como quien se abraza a una tabla en medio del naufragio. Pero no fue así.

Con el paso de los días, las costras crecieron, no solo en tamaño, sino en grosor. No se caían. No se reducían. Se endurecían y avanzaban.

Entonces ocurrió un gesto providencial.

Una ministra de la Eucaristía, que me visitaba todas las semanas para llevarme el Cuerpo de Cristo —porque ya no podía salir de casa— vino como siempre.

Al verme, me preguntó cómo iba todo, y le mostré mi pie. Su rostro cambió. Su mirada se volvió seria.

Con cariño, pero con firmeza, me dijo:

—Erik, eso no es normal.

Tienen que ir a otro lugar, buscar una segunda opinión. Que te revisen bien.

Ese fue el segundo llamado. Y lo tomamos como señal.

Siguiendo ese consejo, mi esposa y yo siempre apoyados por mis padres, fuimos a un centro especializado.

Ahí, el médico que me atendió fue claro y directo.

—En personas con diabetes —dijo— no es normal que se formen costras así. Estas costras no son señal de sanación, sino de lo contrario:

Una capa que impide que la piel respire y cicatrice.

Me explicó que había que retirarlas de inmediato, o seguirían creciendo y agravando la zona. El procedimiento se realizó ese mismo día.

Fue muy doloroso.

Uno de tantos momentos que han quedado grabados no solo en mi piel… sino en mi alma.

Después del retiro de las costras, me lavaron el pie, aplicaron una pomada especial, cubrieron con gasas y me enviaron a casa con indicaciones claras: curaciones un día sí y un día no, aplicación de pomada y mantener el área cubierta.

Una nueva batalla inesperada

Seguimos el tratamiento con responsabilidad.

Mi esposa fue mi enfermera fiel. Cada curación la hacía con cuidado, ternura y atención.

Sabíamos que era lento, pero aún creíamos que funcionaría. Hasta que una mañana…

Ella amaneció mal.

Un fuerte dolor en el abdomen la hizo doblarse del dolor. Al principio pensamos que sería algo digestivo, un malestar común.

Pero el dolor se intensificó rápidamente. No podía más.

Tomó la decisión de ir al centro de salud, donde le indicaron que debía ir de emergencia a un hospital.

Y ahí, en ese momento, todo se empezó a oscurecer. Ya no era solo mi pie. Ya no era solo mi cuerpo quebrado.

Ahora era mi esposa.

Mi compañera, mi fuerza… mi pilar se estaba quebrando. Y no por decisión propia, su cuerpo también gritaba desde adentro.

A partir de acá todo iría de "mal en peor".

Escribir estas líneas me cuesta. Mucho.
Lágrimas brotan no solo por el dolor físico que revivo, sino por la carga emocional que esa etapa representó.
Cuando uno siente que lo está perdiendo todo, y además ve caer a quienes le sostienen… el alma tiembla.

Capitulo VI: Cuando la tormenta no da tregua.

Dicen que cuando más oscuro está el cielo, es
porque el amanecer está cerca.
Pero en ese momento…
yo ya no veía el amanecer por ninguna parte.

Mi compañera ahora en la camilla

Mi esposa, esa mujer fuerte que había sido mi enfermera, mi cuidadora, mi consuelo, amaneció con un dolor agudo en el abdomen.

El diagnóstico no tardó en llegar: apendicitis. Requería urgentemente que intervención quirúrgica.

Fue trasladada en ambulancia desde el centro de salud al hospital del Seguro Social, un derecho que gracias a Dios ella tiene por tener un trabajo formal. Yo… no.

Desde casa, empezaban mis noches oscuras, me sentía inútil, inservible, impotente. Ella en una camilla, yo en una cama.

Ella con dolor insoportable, y yo con el corazón partido. No pude acompañarla. No pude sostenerle la mano, ni estar en la sala de espera, ni abrazarla antes de entrar al quirófano.

Sentí que le fallé en el momento en que más me necesitaba.

Pasaron más de ocho largas horas hasta que por fin fue ingresada a cirugía. Ya se imaginarán… muy Seguro Social, pero muchas veces igual o peor que el sistema de salud pública.

Gracias a Dios, la operación fue un éxito. El apéndice fue extraído y no hubo complicaciones.

Una separación necesaria… y dolorosa

Fue entonces cuando, tomamos una decisión dolorosa pero necesaria: ella no podía volver a casa.

Sus cuidados postoperatorios exigían higiene, descanso, buena alimentación y apoyo.

Y yo no podía dárselo. Yo necesitaba lo mismo.

Como alguien comentó con sabiduría (aunque dolió escucharlo):

"Dos enfermos en casa sería una carga difícil de sostener."

Así que ella se fue a casa de su mamá, donde fue cuidada por su familia.

Yo me quedé… "solo".

Sí, tenía compañía física, pero mi sentimiento de abandono y soledad crecían hora tras hora.

Mi hija mayor y mi cuñada ahora me realizaban mis curaciones. Y no dudo que lo hacían con esmero, con cariño, con dedicación.

Pero mi alma ya no estaba bien.

Todo dolía más.

Las curaciones comenzaron a doler más. Sentía una sensibilidad extrema en la zona afectada. Cada movimiento, cada toque, cada gasa, cada pomada… era un tormento.

Pasaron tal vez dos o tres curaciones más, y el dolor se volvió aún más insoportable.

Y como si no fuera suficiente, empezaron las fiebres nocturnas.

Todos los días, exactamente a las 7 de la noche, me comenzaba a subir la fiebre. Siempre a la misma hora. Siempre con la misma intensidad. Siempre con la misma duración.

La lógica médica no me daba respuestas claras.

Y entonces, mi mente… mi fe, incluso… empezó a tambalearse. Me pregunté si acaso había algo más detrás de todo esto. Un mal espiritual, un "trabajo", un ataque del enemigo.

Un pensamiento que se encarno en lo mas profundo de mi mente y de mi corazón, pensaba en que definitivamente debí haber sido una muy mala persona para que alguien me estuviera haciendo daño de esa manera, y que definitivamente, el odio que me tenía o tenían era tanto que no querían

acabar conmigo de forma rápida, sino, de la manera mas lenta, cruel y dolorosa posible.

Porque el patrón se repetía con una precisión casi diabólica.

El falso alivio

Un día, mientras me curaban, me animé a observar con más detalle. Porque si, me daba miedo ver mi pie.

La costra había desaparecido.

¡Por fin!

Sentí una alegría espontánea, como quien ve una señal de sanación.

Pero esa alegría duró poco.

En lugar de la costra, lo que cubría la herida era una capa negra de piel. Algo que yo, ingenuamente, interpreté como una costra más fina.

Costra, que resulto no serlo.

Era algo peor.

Una señal de que las cosas habían seguido avanzando… en silencio… con más gravedad.

Pero en ese momento, aún no lo sabía.

Y *mientras escribo estas palabras, no puedo evitar que las lágrimas vuelvan a brotar.*

No es solo el recuerdo. Es revivir el abandono, la impotencia, el miedo…

Y *esa pregunta que retumbaba en el alma:*

¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo?

Capítulo VII: Cuando el alma entra en guerra.

Hay batallas que se libran con agujas, medicamentos y tratamientos… Y hay otras, más silenciosas, más crueles, más oscuras… que se libran en el alma.

Esta fue una de ellas.

La noche más oscura

Los episodios de fiebre nocturna que ya se habían vuelto rutina alcanzaron su punto más alto una noche. Una noche marcada a fuego en mi memoria.

Dormía en la sala de mi casa. Por mis limitaciones de movimiento, era el único lugar accesible: cerca del baño, del comedor, y además me permitía recibir visitas que me acompañaban durante el día.

Pero esa noche… esa precisa noche, no había "nadie". Estaba completamente solo. Mi esposa quien era quien siempre me acompañaba, estaba "lejos de mi". Mis padres ya descansando en su cuarto. Mis hijos en el segundo nivel, también recargando energías.

Y justo a la misma hora de siempre…

Llegó la fiebre. Pero no era como antes. Era peor.

Un dolor más intenso, más profundo, más desesperante. Sentí que no solo mi cuerpo, también mi mente y mi alma, ya no podían soportar más.

A mi izquierda, sobre la pared, hay un altar religioso con variedad de signos e imágenes de nuestra fe católica.

Lo miré con rabia, con enojo, con furia, sentimientos involuntarios pero que nacían de las profundidades de mi ser, literalmente con la fe hecha pedazos.

Y entonces exploté.

—¿¡Cómo puedes decir que eres Padre!? —grité entro de mi entre lágrimas—

¡Si ves a tu hijo sufriendo así y no haces nada! Tu palabra dice "Pide y se te dará" ...

¡¿Y cuántas veces te lo he pedido?! En oraciones, pensamientos y lagrimas.

Cientos de veces he dicho como el leproso: "Señor, si tú quieres, puedes sanarme"

Y entonces entiendo que simplemente... ¡no quieres!

—Y tú... "Hermano" ... ¿cómo puedes llamarte así?

¿No ves mi dolor?

¿No puedes voltear la mirada de Dios hacia mí?

Mi mente, mi alma, estaban quebradas. Perdí mi fe esa noche. Así de claro. Así de duro.

El susurro del abismo

Pero lo peor… aún no había llegado. Un hedor comenzó a emanar desde los costados de mi cama.

Lo primero que pensé fue que de tanto dolor me había "ensuciado" sin sentir, sin darme cuenta. Me revisé… pero no era yo.

Y entonces, el miedo me envolvió. Ese miedo que lo sientes como un escalofrío que te recorre desde la punta de los pies hasta la punta de la cabeza.

A mi lado, pude ver claramente una silueta oscura. No era una sombra cualquiera. Era una “presencia”. Como lo sabia o como la reconocí, pues no era la primera vez que “algo” así, se me aparecía en mi vida.

Se acercó a mi oído para susurrar: —“Erik, si quieres… puedes acabar con ese dolor rápidamente. Yo sé que tú, no eres ningún tonto, estas sufriendo porque quieres.”

Y con esas palabras, comenzaron las ideas. Imágenes. Pensamientos. Formas de terminar con todo desde esa misma cama. No necesito explicar más. Sabes de qué hablo. Sabes lo que el enemigo intentaba que hiciera.

Las voces no se detenían. Eran cada vez más fuertes. Más insistentes. Más tenebrosas y mórbidas.

—"Erik, si quieres… puedes acabar con ese dolor rápidamente."

Puedo decir, que, en ese preciso instante de mi vida, sentí lo que realmente era el pánico, el miedo y el terror juntos dentro de mi ser. Porque aunque no era la primera ocasión que veía una presencia, era la primera ocasión que se comunicaba conmigo.

Por más que intentaba, no me podía mover, y no, no era un sueño ni una pesadilla, todo estaba pasando mientras yo estaba despierto. Mi respiración acelerada, mi cuerpo congelado, mi mente aturdida y mi alma, mi alma clamando por auxilio.

Y entonces, volví a mirar hacia el altar. Y vi un rosario.

Con el poco aliento que me quedaba, entre lágrimas y temblores, clame:

—Mamita, tú sabes que estoy sufriendo mucho… y sé que serías incapaz de dejarme sufrir más. Por favor, ayúdame.

El sueño

En ese instante… logré cerrar mis ojos y caí en un sueño profundo, tan profundo como hace meses o

quizás años no había podido dormir. Y paso, un sueño tan claro, tan real…

Que aún hoy lo recuerdo con cada detalle y no solo el detalle visual, recuerdo los olores y las sensaciones que tuve durante ese sueño.

Estaba sentado sobre una silla en lo que parecía ser la orilla de una playa, atado, derrotado, cabizbajo. Y frente a mí, de pie, una mujer. Pero no cualquier mujer. "Ella".

Con voz serena, firme y dulce, me dijo: —"Llegó la hora. Debes soltarlo. Tenemos que partir."

Extendió su mano hacia mí. La tomé. Y al hacerlo, sentí cómo las cadenas que me sostenían a la silla, los yunques que tenía bajo mis pies caían de mi cuerpo.

Vi cómo caminaba junto a ella hacia el horizonte. Paso a paso. Sin miedo. Sin dolor.

Mi primer pensamiento al despertar fue: "Voy a morir." Y me vinieron a avisar.

Esa noche cambió todo. Fue la noche más oscura, la noche del quiebre, la noche en que el enemigo susurró al oído…

…pero también, la noche en que la Madre me tomó de la mano y me preparó para lo que vendría.

Capítulo VIII: Cuando amanece… pero nada está mejor

Dicen que por muy larga que sea la noche, siempre termina amaneciendo. Y es verdad…

Pero a veces, el amanecer también duele.

Un descanso profundo… y el día siguiente

Esa noche —la más oscura de todas— me venció el dolor, el llanto y el miedo. Pero al final, también me venció el sueño.

Un sueño profundo como hacía meses no tenía. Dormí como un niño agotado.

No sé si fueron dos o tres días después que tuve una cita médica programada, y como era costumbre en esta etapa de mi vida, el dolor seguía siendo constante, así como las fiebres que me visitaban puntualmente cada noche.

La cita era con el diabetólogo, quien revisaría los resultados de unos análisis que me habían realizado. Ese día me acompañó mi madre.

Todo parecía transcurrir normalmente. El médico me recetó algunos medicamentos, pero al final de la consulta le mencioné el tema del dolor y la fiebre… pensando que me recetaría alguna medicina más fuerte para “disminuirlos”.

Pero su reacción fue otra. El rostro le cambió.

—Eso no es normal, dijo con firmeza.

Y me sugirió pasar con el especialista del pie diabético para que me revisara.

El umbral del dolor

Salimos de la clínica rumbo al área donde debíamos hacer la cita y pagar.

Pero de pronto… algo me venció. El dolor subió de nivel. Mi cuerpo no resistía. Mi rostro cambió tanto, que una enfermera se acercó preocupada:

—¿Se siente bien? —preguntó.

Intenté explicarle lo que sentía. Ella pidió revisar mi pie o ver una foto reciente. Por fortuna llevaba una. La miró… y de inmediato nos indicó que fuéramos directamente a la clínica del especialista.

Ya no había tiempo.

Y ahí, por primera vez en mucho tiempo… no pude contenerme. Yo, que tanto había callado. Yo, que aguantaba para no preocupar a los demás. Yo… lloré.

Lloré mientras nos dirigíamos a la clínica. Lloré de dolor. De miedo. De impotencia. De frustración. De tristeza. De incertidumbre. De… llore de todo y por todo lo que había traído guardado dentro de mí.

Nos adelantaron el turno. Al entrar, las enfermeras quitaron el vendaje que cubría mi pie.

Y entonces, el doctor llegó…

—Llamen a su familiar —ordenó inmediatamente.

Mi madre ingresó. Yo seguía llorando. El diagnóstico fue claro y devastador:

—Esto es necrosis. Prácticamente se está muriendo de dolor. No sé cómo ha aguantado hasta ahora.

Una nueva urgencia

Fue en ese instante donde todo volvió a romperse. Caos. Desesperación. Miedo. Tristeza. Frustración.

El doctor explicó que era urgente realizar un desbridamiento, un procedimiento quirúrgico para remover el tejido muerto. Ya no se podía esperar. Y ningún medicamento calmaría ese dolor.

—Necesita morfina —dijo—. Necesita atención inmediata.

Nos dio dos opciones: Ir a un hospital público, con todas las demoras y riesgos conocidos… O realizar el procedimiento en una clínica privada donde él operaba, y que —según indicó— no era tan costosa.

Optamos por la clínica privada. No por lujo, sino por la necesidad de atención urgente. Conscientes que en un hospital público esto tardaría más tiempo de lo que se tenía.

No teníamos el dinero para pagarlo, aunque no fuera muy costoso, buscamos apoyo con la familia,

amigos, comunidad, Iglesia, vecinos con quien se nos ocurría. Y como siempre… los ángeles llegaron.

La ayuda económica comenzó a fluir. Personas generosas —algunas cercanas, otras desconocidas— respondieron al llamado.

En la clínica

Al llegar, me ingresaron de inmediato.

Me canalizaron y comenzaron a administrarme medicamentos, incluido un derivado de la morfina. Pero… el dolor no cedía.

Mi madre permanecía a mi lado. Atenta. Amorosa. Inquebrantable.

Y mi esposa, aún en recuperación, me daba ánimo por videollamada. Siempre con fe. Siempre con fuerza.

Esa misma noche fui llevado al quirófano.

La anestesia fue parcial, solo de medio cuerpo, así que estuve consciente durante el procedimiento. Pude escuchar todo.

Y escuché, muy claro, cuando el médico dijo con alarma:

—¡Grabe esto! —al anestesista.

Sentí que no estaban viendo algo común. Algo no estaba bien.

Salí del quirófano…

Todo “salió bien”, al menos eso dijeron.

Regresé a la habitación. El plan era esperar 48 horas para una nueva revisión.

Pero lo que nadie sabía aún, es que mi historia con el dolor estaba lejos de terminar.

Capítulo IX: El día que todo se detuvo.

Antes de continuar, quiero ser honesto con cada lector que me ha acompañado hasta aquí: posiblemente algunos detalles se me pasen por alto o quizá los cambie de orden en el cual verdaderamente ocurrieron, tal vez por descuido o simplemente por bloqueo mental.

Muchos recuerdos son borrosos, otros dolorosos…

Y algunos van regresando conforme escribo estas líneas que en algún momento quise enterrar para siempre en lo más profundo de mi mente. De hecho, leí al menos 7 veces mi libro y en cada ocasión fui agregando detalles que venían a mi mente, inicialmente solo escribí 17 páginas, con esto pueden darse una idea de cómo mi testimonio en este libro se fue nutriendo.

Escribir esto me cuesta. Pero lo hago porque alguien lo necesita. Lo hago porque esto ya no es solo mío.

48 horas de silencio, fiebre y lucha

Después del desbridamiento, nos dijeron que debíamos esperar 48 horas. Horas que fueron eternas.

Aplicaciones de medicamentos, silencios incómodos, incertidumbre, visitas breves… y un tema que empezaba a causar ansiedad: el costo del procedimiento y la hospitalización.

Lo que al inicio iba a costar "poco", ya iba superando los Q10 mil. La carrera por conseguir el dinero se hizo más urgente con cada hora.

Yo seguía… peleado con Dios. Aún tenía esperanza, pero no fe.

Y seguía sin saber lo que estaba por venir.

El rostro del médico

Llegó el día. Por la tarde, después de la impaciente espera. El doctor llegó con su equipo.

Se notaba que traía ilusión, como quien espera ver progreso.

Inició el proceso de revisión. Empezó a quitar las vendas, mientras yo temblaba por dentro. Pero antes de ver mi pie, vi su rostro.

Y su rostro… me lo dijo todo.

Decepción. Impacto.

Una mezcla que no sé describir, pero que me destrozó.

Bajé la mirada. Y vi mi pie. O mejor dicho… lo que alguna vez fue un pie.

No entraré en detalles gráficos, porque las imágenes aún me persiguen y son muy fuertes y grotescas. Solo diré que nada de lo que vi era esperanzador.

“Doctor… dispare con todo”

En medio de esa escena, solo pude pronunciar una frase:

—Doctor… usted dispare con todo. No quiero falsos ánimos. No quiero que le dé vueltas al asunto. Hable claro.

Cabe resaltar que, durante el proceso de revisión, le pedí a mi madre que saliera de la habitación. Sabía que no quería que viera lo que yo vi. Fue lo mejor que pude hacer por ella.

El doctor se sentó… y luego la mandó a llamar. Y fue en ese momento que soltó la frase que partió mi vida en dos:

—Erik… lo más probable es que haya que amputar.

Intenté contenerme… Pero fue inútil. El doctor explicó que había otras opciones. Tratamientos, intervenciones, medidas… Pero también dejó claro que eran demasiado costosos. Fuera de nuestro alcance.

El mundo dentro de mí se detuvo. Recuerdo escuchar a mi madre hablar con mi padre entre llanto, allá al fondo de la habitación.

Yo tomé el celular y llamé a mi esposa. Me quebré. Las palabras… ya no las recuerdo bien. Pero sí recuerdo lo que dije con el corazón destrozado:

—¿Dónde está Dios en este momento?

¿Dónde quedó el “todo va a salir bien”?

Fue un golpe brutal.

Pensar en todo lo que iba a cambiar. Ver a mi madre desconsolada. Ver a mi esposa sufrir por mí… desde lejos. Toda esa tarde fue simplemente… horrible.

Antes de que el doctor se fuera, le dije:

—Doctor… si me van a tener que amputar, prefiero que me dé de alta. En cualquier hospital público pueden hacerlo… y ya no tendré que pagar más.

Accedió.

Ordenaron preparar la cuenta para darme salida al día siguiente.

Una noche que no terminaba

Llegó la noche… Y no podía dormir. La noticia me martillaba el alma. No lograba asimilar lo que me estaba pasando, y aun menos, asimilar todo lo que se venía a futuro, mi mente dibujaba puros escenarios negativos.

Un enfermero entró a la habitación. Le conté que no podía descansar y que tenía mucho dolor. Me dijo que, dentro de lo que ya se había cobrado, había un calmante fuerte disponible. Un derivado potente, más que los que me habían puesto antes.

Le dije que sí. Que ya no aguantaba más.

Recuerdo que me dijo:

—Colóquese en una posición cómoda.

Este medicamento es fuerte y rápido lo pondrá a dormir.

Sentí la aguja. Y en segundos… todo se apagó.

Esa noche terminó el día más duro de mi vida. Una jornada de diagnósticos crueles, noticias lapidarias, lágrimas, impotencia, y la sensación de que algo en mí había muerto… aunque yo aún seguía vivo.

Capítulo X: “Pídeme lo que quieras y dame lo que necesito”.

Terminó la noche.

Y amaneció el domingo.

La luz del sol entraba tímidamente por la ventana de aquella clínica, pero mi alma seguía en tinieblas.

La cabeza me daba vueltas. No había podido digerir la noticia. Aún sentía el dolor del diagnóstico. Y por si fuera poco… no teníamos el dinero para pagar la cuenta.

La cifra superaba los Q14 mil. Y nos habían dado hasta el mediodía para saldarla.

Una llamada inesperada

En medio de mi angustia, sucedió algo que nunca voy a olvidar.

Recibí una llamada de una Hermana de San José, una persona a la que mi familia y yo le tenemos un gran aprecio. Ella ya no se encontraba en Guatemala, pero siempre estuvo pendiente de mí, a través de mensajes, saludos, oraciones.

Pero esa mañana… no fue un mensaje. Esa mañana me llamó.

Me saludó con su ternura de siempre, y luego me preguntó cómo estaba.

Le conté todo: el diagnóstico, la cuenta, la tristeza, el dolor, la frustración, la ira, la incertidumbre… y también le hablé de mi pelea con Dios.

Ella me escuchó con paciencia. Dejó que me desahogara. Y después, con esa voz suave y firme, me dijo algo que cambiaría mi corazón:

—Erik, piensa en Job.

Lo perdió todo, sufrió como tú… pero su fe nunca se quebró.

Y luego me dijo:

—Tal vez ya no debas pedirle a Dios que te sane o que salve tu pierna.

Mejor ora así:

"Señor, pídeme lo que quieras y dame lo que necesito." – Es importante indicar que es así, como yo recuerdo la oración, puede que originalmente haya sido diferente, pero lo que esa oración hizo en mí y en mi proceso fue, es y seguirá siendo muy impactante.

Colgué la llamada. Y me quedé en silencio.

Las palabras de la Hermana retumbaban en mi mente. Entonces recé, con la voz entrecortada:

—Señor… pídeme lo que quieras, y dame lo que necesito.

Ya no voy a pedir más. Ya no voy a hablar. Solo voy a escuchar.

Y sucedió algo extraordinario. Una paz inmensa descendió sobre mí. Como un manto tibio sobre mi alma rota. Recordé el sueño de aquella mujer que me tomó de la mano y me dijo que debía soltar.

Y en ese momento, solté.

Sentí que algo se arrancaba de lo más profundo de mi pecho. Una carga. Un peso. Un dolor viejo. Y supe —¡por fin lo supe! — que Dios siempre había estado ahí.

Que Él nunca se había ido. El que no podía verlo… era yo.

Que, a pesar de "haber tenido fe", nunca me había tomado el tiempo de dejar de pedir y simplemente callar y escuchar. De verdaderamente abandonarme a su voluntad.

De dejar de "pedir", incluso en ocasiones "exigir" por situaciones específicas.

"Dios tiene el control de todo"

Volteé a ver a mi madre, que estaba llena de angustia. Y le dije con una serenidad que hasta a mí me sorprendió:

—Tranquila, Madre. Dios tiene el control de todo. Sea cual sea su voluntad, todo saldrá bien.

Llamé a mi esposa. Le conté mi experiencia, mi oración, mi liberación.

Ella se sorprendió tanto, porque apenas unas horas antes, quien hablaba era un hombre sin fe. El mismo que había perdido toda esperanza. El mismo que derrotado, peleaba con y por todo. El mismo que no creía ya en nada ni nadie. El mismo… simplemente lo dejo de ser.

Ahora le decía: "Dios está con nosotros."

También le comenté que la Hermana me había dicho que iniciáramos una novena a San José, y que en las intenciones pidiéramos específicamente por nuestras necesidades, siendo estas, interceder por mí y brindarnos los medios para conseguir el dinero para poder pagar la deuda de la clínica.

Esta invitación la extendimos a familia y amigos y nos pusimos de acuerdo para iniciar la novena ese mismo día y en el mismo horario, no recuerdo bien si fue a las 18 o 19 horas, de lo que estoy seguro es que muchas personas iniciamos el rezo de la novena a San José ese mismo día.

La respuesta a las peticiones no tardó en llegar… ocurrió el milagro. Para el domingo ya se había recaudado el dinero necesario para poder cubrir esos gastos.

El dinero llegó. Gracias a las personas que Dios puso en nuestro camino, recuerdo que casi contra

el tiempo, porque si, el enemigo no deja de colocar obstáculos en el camino, mi papá luego de una serie de dificultades, logro llevarnos el efectivo hasta la clínica.

Salí de la clínica. No mejor… pero sí más libre que nunca.

Ahora venía la segunda parte: buscar un hospital público que pudiera hacer el procedimiento de amputación. El doctor me había entregado un documento donde detallaba los hallazgos del desbridamiento y donde recomendaba la amputación del miembro inferior. Solo faltaba un estudio más, para determinar a qué altura debía hacerse el corte.

Y *ahí comenzó una nueva travesía.*

Una diferente… pero no menos dolorosa.

Una donde el cuerpo tendría que ser cortado, pero donde el alma ya había sido restaurada por completo.

Capítulo XI: La hora del adiós.

Llegar hasta aquí no ha sido nada sencillo. Y no, no me estoy quejando. Simplemente estoy expresando con sinceridad que, aunque algo sea difícil, aunque duela o tenga un precio alto en el cuerpo y en el alma… eso no significa que no se pueda lograr.

Cada "paso" es un paso que me ha traído hasta este momento.

Y *aquí estoy.*

Contándolo.

El regreso a casa

Al salir de la clínica, antes de emprender la travesía en busca del hospital que me realizaría la operación, yo solo tenía un deseo en el corazón: ver a mi familia.

Ver a mis hijos. Hablar con ellos. Abrazarlos. Besarlos.

Porque, aunque me mantenía firme, sabía perfectamente que la cirugía podía tener complicaciones. Así que, en compañía de mi madre y definitivamente de Dios, regresamos a casa.

En el camino también le hice saber a mi mamá que contactara a el Padre Donaciano "mi Padre amigo", él me había mostrado el rostro cercano y misericordioso de Dios en este proceso, y la

intención de que me llevara la unción de enfermos antes de ir a internarme a un hospital, era para mí una necesidad.

Y así fue, con ese corazón misionero, llego a casa cuando ya estábamos allá, me dio palabras de fortalecimiento, indicándome que Dios tenía el control de todo y que, aunque existía ya el riesgo de perder la pierna, Dios siempre estaría conmigo. Procedió a darme la unción y a bendecirme para luego despedirse y retirarse de casa.

En casa, reuní a mis hijos, mi hermano y su familia, mis padres. Les conté lo que venía. Les expliqué que estaba por perder la pierna.

Mi esposa, tan fuerte y bella como siempre, dejó el resguardo en casa de su mamá y llegó a saludarme y despedirse. Ella no lo sabía, pero siempre ha sido una pieza muy importante en mi vida y verla ahí, con pocos días de haber sido operada, caminando lenta y obviamente aun con dolor, para mí, significo una muestra más de su inmenso amor.

Fue una reunión familiar fortificante.

Rezamos juntos un Santo Rosario, pidiéndole a Mamita María su intervención y su cuidado. Y antes de irme, les dije con el corazón en la mano a cada uno de mis 6 hijos mientras los abrazaba:

—Pase lo que pase, no peleen con Dios.

Todo tiene un propósito. Y yo confío que todo saldrá según Su voluntad. Pronto nos volveremos a ver.

Rumbo al hospital

Por gracia divina y gracias a personas que Dios pone en el camino, nos hablaron del Hospital Nacional de Villa Nueva.

Un vecino y amigo nos llevó en su pickup. Me acompañaban mi hermano y mi cuñado.

Cuando llegamos, desde el primer momento, la atención fue muy buena. Una doctora de admisión en la emergencia me preguntó por qué iba. Le mostré la nota médica, le enseñé el pie y le dije con calma:

—Vengo a que me amputen la pierna.

Ella llamó a otro doctor.

Confirmaron el diagnóstico. Y me dieron ingreso de inmediato.

Esa noche no podían operarme, ya que aún tenía en mi cuerpo un medicamento anticoagulante. Debía esperar al menos 24 horas para que saliera por completo.

Mi hermano estuvo conmigo. Me ayudó a quitarme la ropa, a rasurarme, a cortarme las uñas de las manos y los pies, como lo indicaba el protocolo quirúrgico.

Y llegó el momento…

Tenía que quedarme ingresado. Mis familiares regresaron a casa, y yo… me quedé en el hospital.

La resiliencia que sorprendía

Tanto médicos como enfermeras se sorprendían de la paz y serenidad con la que hablaba de mi amputación.

Con la que aceptaba la realidad.

Pero es que algo en mí ya se había transformado. Yo ya me había entregado por completo a la voluntad, al amor y a la misericordia del Señor.

Recuerdo que estando internado ya en el hospital, llego junto a mi camilla una mujer, me pregunto por mi situación, por lo que yo procedí a contarle que me amputarían mi pierna, también le sorprendió la calma y serenidad con la que yo le contaba esto.

Me hizo saber que todo iba a salir bien y procedió a darme una indicación. “En cualquier momento del día, vas a despedirte de tu pierna, así como cuando terminabas con alguna novia de tu juventud” – Ambos nos reímos.

A la mañana siguiente, mientras me duchaba lo hice, primero le agradecí por todos los años en los que me había acompañado, por todas las caídas, todos los logros, por todas las carreras, por todos los viajes, por todos los trabajos. Y termine diciendo

“Pero ya no podemos continuar juntos, y si yo quiero seguir con mi vida, te tengo que decir adiós” …

Por cierto, la mujer que se acercó y me dio esa indicación, era una psicóloga.

En los días posteriores, los médicos aún intentaron otro desbridamiento y algunos estudios para explorar la posibilidad de evitar la amputación.

Pero no.

El daño era demasiado grande. Una mañana después del último desbridamiento, los médicos revisaron de nuevo mi “pie”, buscaban una señal, buscaban que las “heridas” sangraran, puesto que con el flujo de sangre podría lograrse la regeneración de piel y con esto, aunque lenta, pero existiría la posibilidad de sanar mi pie. Pero no fue así, no hubo sangrado y contrariamente a esto, cada vez había menos “pie”, razón por la cual, tome la decisión de decirle al médico, que procedieran con la amputación, antes de que el cuadro cambiara y yo tuviera otra complicación. Recuerdo haberle dicho que yo aun sin la pierna iba a poder seguir adelante con mi vida. Y finalmente, se confirmó el procedimiento.

Con el procedimiento ya confirmado se comunicaron con mi esposa quien debía de ir a

firmar un consentimiento, a pesar de que yo ya había firmado el mío.

Y recibí una sorpresa muy especial nuevamente, la dejaron ingresar hacia la sala en donde yo me encontraba internado, porque fue especial, porque en ese hospital no se permitían las visitas y habíamos estado incomunicados durante todo ese tiempo.

Verla fue una señal más del amor de Dios hacia con nosotros, ambos lloramos, le dije que sí, que la operación ya estaba decidida, pero que todo iba a estar bien. Pronto estaría de regreso a casa.

La cirugía fue programada para el domingo. Pero todos mis análisis pre-operatorios salieron bien… y se adelantó el día de la cirugía.

El momento de la verdad

La noche del sábado me ingresaron a quirófano. La anestesia fue de medio cuerpo de esa que ponen en la espalda, que por cierto es un procedimiento doloroso e incómodo.

Estuve consciente la mayor parte del tiempo. La operación duró aproximadamente entre 3 y 4 horas. Salí cerca de la medianoche.

Lo primero que hice al salir fue agradecerle a Dios por mi vida.

Sí, ya no tenía una pierna… pero seguía vivo. Y eso ya era un milagro.

El domingo fue el día más fuerte en cuanto a dolor. El efecto de la anestesia se desvaneció… Y sentí todo.

Lloré.

Mucho.

Mientras una enfermera me aseaba, le pedí disculpas por el escándalo que hacía… por "ser un cobarde", le dije.

Y ella, con firmeza y ternura, me respondió:

—¿Cobarde?

Le acaban de quitar una pierna… y usted está aquí, luchando.

Queriendo regresar con su familia. Eso no es cobardía, eso es ser valiente. Muy valiente. Paso todo ese domingo entre fuertes dolores y analgésicos, el día llego a su fin.

El lunes por la mañana, el doctor revisó la herida. La cicatriz cerro muy bien, me pregunto - ¿Queres irte a tu casa? A lo que respondí que sí, entre lágrimas de alegría.

Y entonces… me dieron de alta. Se comunicaron con mi familia.

Me preparaba para regresar a casa. El dolor de me iba a detener, estaba muy emocionado de salir del hospital.

Mis padres llegaron por mí, llevaron ropa para que me cambiara, luego una enfermera llego por mí en una silla de ruedas y me llevo hasta la salida, en donde ya me esperaban mis padres y mi hermano.

Mi madre al verme, lloro, sé que fue de tristeza, pero rápidamente le dije "No llores, yo estoy bien y lo más importante, vivo".

Me ayudaron a subir al carro y partimos hacia casa.

Sin una pierna, sí. Pero con el alma viva, y con el corazón sabiendo que Dios nunca me abandonó.

Capítulo Final: Todo pasa para algo.

Volver a casa fue, literalmente, una travesía.

Y no solo por el camino recorrido en vehículo, sino por todo lo que implicaba: el reencuentro con una nueva versión de mí mismo.

Bajarme del carro, ingresar a casa, todo era nuevo… nuevo para mi cuerpo, nuevo para mi mente, nuevo para mi alma.

Aprendiendo a vivir con un "muñón"

Con la ayuda de mi padre y de mi hermano logré bajar del carro, y apoyado de una silla y un trapo debajo de ella para que se deslizara, llegue hasta mi cama.

Ahí, iniciaron los días postoperatorios… los más duros.

Mi esposa, que ya estaba de regreso en casa, también convaleciente por su operación, me acompañaba en cada momento, en cada gesto, en cada suspiro de dolor.

El muñón, esa parte del cuerpo que queda tras una amputación, no me respondía. Se acalambraba.

Dolía.

Mucho.

No me levantaba de la cama, solo me sentaba para lavarme el área de la cicatriz, algo en lo que el

medico fue muy específico debía hacer todos los días.

Y solo sentarme, era una prueba de fuego.

Hubo lágrimas.

Gritos.

Desesperación.

Pero también hubo una voz que no se rindió:

—"Vamos, tú puedes…"

Mi esposa. La misma de siempre. La más fuerte. La más dulce.

Ella se encargaba de mi aseo. Yo, en cama, usaba pañal. Fue difícil. Muy vergonzoso al principio.

—"Perdón", le decía cada vez que me cambiaba.

Y ella, con una ternura que aún me rompe por dentro, me respondió:

—"No tienes que pedir perdón… yo lo hago con amor."

Eso fue muy especial. Y una prueba más de que Dios seguía manifestando su amor a través de ella.

Las primeras noches

Fueron dolorosas… pero también cómicas. Dormíamos juntos con mi esposa en una cama

tamaño imperial, tratando de acomodarnos sin lastimarnos, cuidándonos mutuamente.

Sí, era doloroso, pero había algo bonito en eso: dos luchadores, uno al lado del otro, sin rendirse.

Antes de salir del hospital, un médico me dijo:

—"Todo saldrá bien, Erik. En siete días después de la amputación, ya podrás andar en muletas."

Y así fue.

Desde el primer día después de la operación, cada reto superado era una victoria.

Valorar cosas que antes pasaban desapercibidas: sentarme, levantarme, ir al sanitario con ayuda de un andador...

Todo era como vivir por primera vez. Y cada "primera vez" era motivo de celebración.

Las visitas que sanan

Muchas personas vinieron a visitarme. Esperaban ver a un hombre triste, derrotado, sin esperanza. Pero encontraron todo lo contrario.

Y más de uno se fue agradeciendo la visita, porque mi actitud los motivaba.

Ver cómo hablaba de todo con alegría, cómo agradecía a Dios, cómo compartía mi proceso con humildad y esperanza, les tocaba el alma.

El propósito

Dios nunca nos hace daño. Nunca nos abandona. Sí, hay situaciones difíciles, dolorosas, injustas. A veces, pérdidas que duelen hasta el alma.

Pero ahora comprendo que incluso en el dolor más profundo, Dios sigue presente. Y a veces, cuando sentimos que Dios nos quita algo, no es para castigarnos… es para darnos algo aún mejor.

Al momento de escribir este libro, un año después de mi amputación, he logrado volver a mi trabajo, he vencido obstáculos, poco a poco eh ido retomando mi vida y realizando actividades que en su momento parecían imposibles de realizar, he mantenido mi fe y he aprendido a vivir de nuevo.

Y sí… ¡estoy por recibir mi prótesis! Una muestra más del amor y la misericordia de Dios en mi vida.

Dios me quitó mi pierna, pero está por darme una nueva.

Agradecimientos.

Primero, gracias a Dios y a Mamá María, porque nunca me soltaron, aunque muchas veces yo solté mi fe. Gracias por haber estado ahí, en el silencio, en el dolor, en la noche oscura, y también en cada amanecer de esperanza.

Gracias a mi esposa, mi pilar de fuerza, amor y ternura, mi fiel compañera en todas las travesías de esta vida. Contigo los días son más llevaderos y los desafíos se convierten en oportunidades de crecimiento. Gracias por no soltar mi mano cuando más lo necesité.

Gracias a mis hijos, porque sé que nadie elige las pruebas que vive, pero ustedes las enfrentaron con madurez, fe y amor. Gracias por sus oraciones, por su cariño, por anhelar tener a su papá de vuelta en casa.

A mi padre, porque, aunque no sea de muchas palabras, me ha demostrado su amor en la forma más poderosa: estando ahí cuando más lo he necesitado.

A mi madre, porque sus oraciones han sido bálsamo en mi vida, porque me acompañó en los momentos más duros a pesar de sus propias dolencias. Tu fortaleza ha sido inspiración.

A mi hermano Hugo, hasta el cielo... Gracias por cuidarme desde allá, por esa presencia que sé que estuvo a mi lado.

A mi hermano Julio, por acompañarme en el hospital, por moverse, buscar y encontrar ayuda cuando era necesaria.

A Hermana Lorna, aunque a cientos o miles de kilómetros de distancia, siempre presente, siempre pendiente. Sé que su intercesión a San José nunca faltó.

A mi Padre Amigo, el Padre Donaciano, por su cercanía, su fe viva y su amistad. Gracias por mostrarme un rostro de Dios lleno de misericordia y por ser guía en mi camino espiritual.

A la Psicóloga Carina Faillace, por acompañarme en el proceso de aceptación, por su escucha, su apoyo constante y por animarme desde el primer día a escribir, y aunque el proyecto inicial era otro (libro que aún sigue en proceso), su ayuda le dio vida la idea de escribir este testimonio.

Aquí está el resultado.

A cada persona que me ha apoyado de diferentes formas en este proceso: económica, emocional, espiritual o simplemente con una palabra de aliento. Mencionarles uno por uno sería una lista muy larga, pero créanme que cada gesto está

grabado en mi corazón y, sobre todo, en el corazón de Dios.

Él sabrá recompensarles con creces todo lo que hicieron por mí y por mi familia.

Y finalmente… gracias a mí mismo.

Sí, a Erik.

Porque sé lo difícil que fue este proceso, y aún más, lo duro que ha sido sobrellevarlo.

Gracias por no rendirte. Por seguir adelante. Por ser fuerte, resiliente, y por mantener la fe incluso cuando sentías que ya no estaba.

Hoy me abrazo a mí mismo con gratitud y orgullo, porque el hombre que escribe estas líneas es prueba viva de que sí se puede.